

Ética y vida humana

MANUEL SÁNCHEZ CUESTA

DOCTOR EN FILOSOFÍA

PROFESOR DE ÉTICA. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

ÉTICA Y COMPROMISO

Es imposible concebir la vida humana fuera de un contexto comunitario ya que la sociedad constituye, precisamente, la matriz de nuestra personalidad, ese lugar en el que día tras día vamos configurándonos los seres humanos como personas de la mano de una dialéctica de asunciones y donaciones. En efecto, los humanos no nacemos hechos, sino que nos vamos haciendo al vivir, lo cual reclama de nosotros conocimiento y decisión. Y dado que nuestras acciones no están pre-programadas y que de las mismas depende nuestra personal conducta, cada uno hemos de dar a aquellas una orientación precisa.

La Ética constituye un saber práctico, cuyo cometido consiste en ordenar nuestra conducta justificando ciertos valores y deberes concretos. Mas para lograr tal fin, se hace necesario sentir dichos valores y deberes como propios, convertir nuestra vida moral en una praxis comprometida.

El **compromiso** constituye una condición esencial del hacer humano moral, de la conducta ética. El propio Aristóteles fue muy claro al respecto: «No nos consagramos a estas indagaciones para saber lo que es la virtud», escribe en su *Ética a Nicómaco*, «sino para hacernos virtuosos y buenos; porque, de otra manera, este estudio sería completamente inútil». Lo que equivale a reclamar la presencia e implicación de todo nuestro ser en cada una de las acciones que materializamos. Porque cuando esto no es así, la Ética se convierte en una especie de reglamento, esto es, en la validación de un catálogo de normas foráneas al individuo, lejos siempre, en consecuencia, de nuestro yo identitario: ese centro en el que nos reconocemos y a cargo de cuyas decisiones corre la realización de nuestro proyecto personal de vida.

Sin compromiso, pues, no hay acción ética que se precie.

Y es que, al obrar hemos de justificar prácticamente nuestra conducta. Evitar la apuesta por un valor moral a la hora de decidirnos, supondría no contem-

plar el riesgo inevitable que supone siempre nuestro humano hacer. No perdamos de vista las dos propiedades que posee siempre cualquiera de nuestras acciones. Cada una de ellas es, por un lado, *transitiva*: sale de nosotros y beneficia o perjudica a alguien. De ahí el que si al obrar somos, por ejemplo, solidarios, ello suponga que alguien se verá beneficiado de nuestra ayuda; como igualmente se verá perjudicado si le mentimos o robamos. Y a la vez, por otro lado, nuestra acción es *reflexiva*, es decir, realiza idealmente en torno nuestro una especie de bucle, regresa a la conciencia de que partió, imprime en ella su huella y nos transforma en solidarios o magnánimos o, por el contrario, según el caso, en mentirosos o ladrones.

Volviendo a la idea del compromiso de la que hablábamos más arriba, creo que puede entenderse con claridad que únicamente gracias a este, a esa implicación de nuestro ser, todo en cada uno de los actos que realizamos nos es posible no solo hacer efectiva la realización de nuestro proyecto personal (es decir, de aquello que en la vida queremos ser, el logro de ese *metadeber* que nos ha de singularizar), sino también lograr el reconocimiento en simultaneidad por parte de cada sujeto, del carácter asimismo personal de los demás.

Es únicamente de este modo cómo nuestra conducta adquiere una especie de segunda naturaleza, un modo vital indicativo de personalidad dado que cualquiera, desde su más radical individualidad, y en función de su destino personal, tiene *a natura* encomendada como primera tarea humana la de decidir en libertad qué rumbo preciso debe poner a su vivir.

AUTOCONSTRUCCIÓN PERSONAL

No es, por lo tanto, el vivir humano una experiencia azarosa fruto de la casualidad, una fortuita intersección de líneas que se cruzan en un tiempo y en un espacio preciso. Nuestro vivir tiene un sentido por sí mismo. Cada uno, a priori, de querer mantenerse a la altura humana del ser que es, tiene la encomienda de *haber de hacerse*, la tarea de constituirse en aquel ser que debe. Téngase en cuenta que el hombre, gracias a su subjetividad libre, se autopertenece, dependiendo justamente de su propio proyecto personal el que vaya a ser luego esto o aquello, en función de las concretas decisiones que vaya permanentemente tomando.

Lo dicho subraya el carácter vertebral que en toda vida humana juega la moralidad, puesto que ella es la encargada tanto de instarnos a la acción, cuanto de evaluar luego el valor de ésta en virtud de su finalidad. Bochenski escribió una vez –y creemos que tenía razón– que la lógica venía a ser como la moral del pensamiento, y nosotros, parafraseando al profesor polaco, afirmamos que la ética viene también a ser, a su vez, la lógica de la voluntad.

Vida y ética, por lo tanto, se imbrican mutuamente.

Y esto es así porque aquella, la vida, se hace digna en medida proporcional a su vivir responsable. Algo que en modo alguno significa que hayamos de vivir ahormados. La libertad humana nunca es absoluta, sino que siempre se halla condicionada. El sujeto humano en el momento de elegir ha de hacerlo siempre desde la realidad individual completa que lo constituye. De ahí que el maridaje entre vida y moralidad sea tan solo aparentemente paradójico, pese a implementar el uso de términos supuestamente incompatibles, como los de *libertad y sujeción*.

Por una parte, los seres humanos, en tanto que *ser-proyecto*, somos *a fortiori* libertad, obligados, a pesar nuestro, a tener que elegir. Por la otra parte, al poseer ante nuestra vista la meta concreta a la que hemos de encaminarnos, nos vemos obligados a someternos a los límites (sujeción) de una instancia objetiva, pese a haber sido elegida la misma por cada uno.

No nacemos con una personalidad moral, sino que ésta hemos de adquirirla al hilo del vivir. Y como el proyecto personal es fruto de todo ser humano, a ese fin o metadeber hemos de encaminarnos si queremos darle a nuestra existencia el valor de la autenticidad que le corresponde, precisamente por pretender ser fieles al mismo. Ocurre aquí de manera parecida a lo que le pasa al intérprete musical, quien se siente tanto más libre cuanto más se ajusta a la partitura de una melodía; o al futbolista, a quien le cabe realizar un mejor dominio del balón cuanto más se atiene al reglamento de ese juego. Y así es, cada hombre y cada mujer también serán tanto más ellos mismos (desarrollarán más plenamente su libertad) cuanto mayor sea la conciencia que posean de su destino, cuanto mayor sea el ahínco el que se dirijan al logro de la meta que se hayan fijado como empeño.

En consecuencia, es un hecho que la ética, en tanto que lógica de la conducta, subraya con trazo grueso nuestra individualidad, poniéndonos a los seres

humanos ante el espejo de nosotros mismos con la expresa intención de que, al mirar nuestro interior, alcancemos a vernos el alma. Se trata de un autoco-nocimiento en el que experimentamos, como en ninguna otra situación, los rasgos capitales de nuestra propia morfología humana. A saber, que somos seres incompletos, que nos hallamos abiertos a un futuro, que hemos de ser responsables de nuestra autenticidad vital y que estamos esencialmente necesitados de *los otros*, de los demás hombres en tanto que prójimos.

Pensemos que es únicamente en el *acontecimiento de encontrarnos con los demás* cuando cada uno alcanzamos el supremo momento de madurez humana, al quedar convertidos en *persona*.

ÉTICA Y AVENTURA VITAL

La vida, en tanto que vivir, se vuelve aventura personal. Donde *aventura*, más que un sugeridor tropo literario es, quizá, el concepto que mejor señala nuestro real devenir existencial. *Aventura* significa apuesta, riesgo e imprevisibilidad. Pero también, y al mismo tiempo, sorpresa, acicate y deseo de conquista. Su denotación depende, en consecuencia, de cómo conjugemos esa doble línea de sentido de la que, en verdad, depende nuestra singularidad tras haber realizado la oportuna selección entre esos modos alternativos posibles de materializarnos como humanos. No olvidemos que nuestro primer imperativo ético es el de forjarnos una personalidad, el de irnos dotando de un carácter tal que, al igual que sucede en el famoso y singular gráfico de Fechner, donde las dos manos se dibujan a sí mismas, también en el caso humano cada uno vayamos día tras día convirtiéndonos en sujeto y objeto del obrar, puesto que solo entonces quedará asegurado el núcleo ético de nuestra conciencia, al margen, por lo tanto, del capricho, de la veleidad, del consenso o del pacto.

El imperativo ético no nos permite consensuar o pactar con nosotros mismos. Ni el valor ético tolera tal cosa, ni tampoco la ley moral permite esa trampa. Lo único que uno consigo mismo puede hacer es, como antes dijimos, ser leal o desleal. Y esto es así porque, señalado el *metadeber* al que aspiramos, este se convierte en la opción vital última que, a modo de brújula, nos va señalando el norte al que hemos de encaminarnos: el de *sernos*. El de ser, sin más, el humano digno que debemos.

Obviamente nos hallamos ante una tarea exigente, dado que en ella cada uno hemos de apostar nuestra humanidad en el empeño. Y esto significa poner frente al platillo de la *libertad*, el consecutivo de la *responsabilidad*. Alguien ha dicho –y tiene razón– que, frente a Manhattan, falta una segunda estatua. Que junto a la de la Libertad, debería hallarse también la estatua de la Responsabilidad. Pues al fin y al cabo, ambas constituyen las funciones encargadas de convertir en **prudente** nuestra racionalidad moral: esa conducta adiestrada para sopesar los pros y los contras a la hora de tener que decidir.

Porque al decidir uno puede engañarse. Son demasiados los mecanismos de defensa de que dispone nuestro yo, prestos siempre a envolver ese supremo momento de la decisión: desde la pereza al egoísmo, desde la indolencia al orgullo, desde la falta de coraje a la omisión, etc. Es claro, pues, que podemos engañarnos. Mas no debemos. La vida moral no tolera la indeterminación. Pero ello no significa caer en el defecto contrario, convirtiendo cada acción moral singular en norma a la que ha de sujetarse nuestra conducta. Este es el camino que lleva a la inquietud moral, al complejo de culpa, al fundamentalismo.

Atenerse a la letra de los códigos convierte cada caso particular en una realidad universal al elevar la anécdota a categoría. Parte de la moralidad de nuestras sociedades actuales tiene que ver con esta realidad, que conduce a dos extremos polares: uno, constituido por la ambigüedad moral, en el que quedan desdibujadas las lindes entre lo bueno y lo malo; y el otro, por un fundamentalismo moral indistinguible del sectarismo. Pues bien, precisamente frente a semejante radicalidad, la ética trata de poner una clase de moderación capaz de excluir la arbitrariedad y la evasión.

Irracionalidad y veleidad nada tienen que ver con el universo de lo ético. Donde aquellas se hallan presentes, la ética se diluye. La ética reclama comportamientos justos en el sentido etimológico del término, *a-justados*, ordenados a un determinado doble fin: el de la *filantía* o amor a uno mismo, en el sentido de haber de realizarnos en la totalidad del ser personal que cada uno somos; y el de la *alteridad*, convirtiéndonos en solidarios con los demás seres humanos, dado que son parte esencial nuestra y sin ellos no podríamos ni tan siquiera entendernos a nosotros mismos.

ÉTICA Y CONTEXTO SOCIAL

Es un hecho que los humanos no recorremos nuestra aventura personal en solitario. Y esto significa que desandamos nuestra existencia junto a los demás, en mutua convivencia con los otros hombres y mujeres.

Cualquier otra manera de vivir nos desnaturalizaría.

La imbricación de las vidas de unos hombres con las de otros constituye la manera dentro de la cual, y solo dentro de la cual, nos cabe a cada uno llevar a buen puerto la propia realización. Hablar, pues, de autenticidad o de autonomía es únicamente posible dentro de un contexto social *compartido*. Es imposible pensarnos existiendo como individuos. El individuo solitario únicamente existe en la imaginación o en el egoísmo del egotista. Todo lo contrario. En la realidad real humana, en cambio, lo sepamos o no, unos y otros estamos *en-trañados*. Lo que pasa es que muchas veces no percibimos esa interconexión, la cercanía efectiva que media –que ha de mediar– entre todos nosotros. Por eso, cuando los principios éticos se desvirtúan, cuando no muerden en carne, cuando se descoyunta la mutua imbricación a la que aludíamos, se produce una disyuntiva tal que se cambia la *convivencia* en *coexistencia*, separando cuanto naturalmente debía hallarse unido y desorientándonos hasta el límite de hacer que nos perdamos unos a otros.

Es la situación a la que asistimos frecuentemente en nuestras actuales sociedades desarrolladas, en las que numerosos valores morales son atropellados con el mayor de los descaros, no solo, y muy en particular, por aquellos estamentos que deberían mantener comportamientos ejemplares –como el político, o el económico, o el educativo, etc.– sino que también alcanza a los propios individuos, haciendo que el laxismo y la falta de compromiso campeen a sus anchas.

La resultante de todo ello es el velo opaco que cubre los valores y las normas morales hasta el punto de hacer que desaparezcan de nuestro horizonte, cediendo la bondad o malicia de las acciones al obrar puntual de un aquí y un ahora egoísta. Es, dicho de otro modo, una forma óptima de aseverar que si todo vale, nada en verdad vale, provocando el relativismo y la consiguiente indiferencia moral generalizada.

Nada hay más dañino que universalizar el relativismo mediante una praxis perversa.

Si, como parece lógico, el objetivo del vivir ha de ser digno, es decir, ha de sujetarse a la coherencia y la autenticidad vitales. Ello solo es posible a condición de asumir determinados valores que muestran la objetividad de su calidad al margen de todo egoísmo. Podemos ejemplificarlo con la lengua. Así como ésta, siendo hechura nuestra, la recibimos sin embargo estructurada y a su morfosintaxis nos atenemos al querer hablarla. Así también el cuerpo ideal de los valores morales tiene su sede en una suerte de formalismo que es preciso luego materializar, más allá del imperio de nuestra voluntad. El respeto al otro, por ejemplo, la solidaridad, la lealtad a la palabra empeñada o la fidelidad, constituyen valores que no dependen de la situación en la que nos encontremos, sino que, muy al contrario, se le imponen a la misma.

Ahora bien, lo que nuestras sociedades modernas muestran es una suerte de pragmatismo que retrotrae reductivamente lo ético al presente. Y sito en éste, el hombre, ante la fascinación de lo inmediato, pierde toda perspectiva y se queda sin futuro, sin aquel *su* proyecto personal del que hablamos más arriba. Por lo tanto, ahítos los humanos de principios objetivos, no solo confunden el rumbo, sino que convierten en imposible la conexión entre acción y meta, entre conducta y destino personal.

La consecuencia que se sigue de todo ello afecta directamente a la acción moral, porque cuando ésta pierde de vista al propio sujeto y a los demás humanos, convierte en indiferente nuestro obrar, tanto en lo que tiene de *acción* como de *omisión*. Acción y omisión son los extremos de una misma secuencia vital práctica, al margen de la cual no cabe en rigor hablar de responsabilidad. Y es que los demás no se reducen únicamente a prójimos respecto de los cuales hemos de mantener un comportamiento moral. Los demás, en tanto que seres reales con los que convivimos, nos son necesarios. Y de ahí que no nos quepa el encogernos de hombros ante las acciones que realizan, dado que las mismas se imbrican con las nuestras. Es decir, que, juntas ambas, las nuestras y las tuyas, hacen posible la *comunidad*, único lugar capaz de convertirnos en personas.

Sin embargo, la deshumanización social generalizada que actualmente padecemos hace que impere una cultura light asentada sobre la peana de lo perentorio e inmediato, de lo puntual, de lo coyuntural. Por lo que nada tiene de extraño, en consecuencia, que el dinero, dado el inmenso y efectivo poder que encierra, aparezca convertido en el valor supremo debido a su capacidad para

permitirnos el acceso a cualquier otro bien, de manipular o doblegar voluntades, de someter, en suma, el mundo a nuestro antojo y capricho. Aunque, para suerte nuestra y de esa misma sociedad, frente a tal deshumanización, se alza como posible remedio la conquista probablemente más importante de nuestra inteligencia: la **ética**.